

EL BURDEL DE LAS PEDRARIAS Y LA MUJER EN LA CONQUISTA DE AMERICA

Grace Prada Ortiz

CONTEXTO HISTORICO

La historia oficial de Centroamérica ha priorizado la descripción de las batallas y los personajes que han participado en sus hazañas y dejado por fuera los procesos y a los(as) sujetos(as) que forman parte de nuestra vida cotidiana.

El encuentro entre las culturas española e indígena ha sido causa de múltiples polémicas sobre las cuales no es nuestro interés insistir.

La llegada de los conquistadores españoles a Centroamérica, es una realidad a partir de 1502; tres fueron las expediciones que se dirigieron para conquistar el territorio que hoy llamamos Centroamérica.

En la tercera expedición encontramos a uno de los conquistadores que representa en su máxima expresión el proyecto de dominación española, Pedrarias Dávila (Pedro Arias de Avila).

«La gobernación de Pedrarias en Nicaragua fue muy conflictiva. Con él se inició el tráfico de esclavos indígenas hacia Panamá y Perú, y la extracción de oro de los ríos con mano de obra nativa. Estas actividades tuvieron nefastas consecuencias para los indígenas y originaron grandes discordias entre los españoles, quienes competían por obtener riquezas y poder» (Fonseca: 66). A la cita anterior debemos agregarle que Don Pedrarias fue uno de los más crueles conquistadores que conoce nuestra historia, pues su fama como decapitador no tiene par en la región.

PEDRARIAS DAVILA

¿Quién era este señor que sembró tanto horror y odio entre indios y españoles? De familia noble, hermano del Conde Puñonrostro, fue nombrado por el Rey para que administrase sus tierras como gobernador. Conociéndose en la corte la importancia de esta empresa, la codicia de muchos pronto apareció. Muchos fueron los argumentos en contra de Pedrarias y grande era su fama por su crueldad, de la que había hecho derroche en sus campañas en Africa, donde otrora había prestado servicios a la corona.

El revuelo que causó la expedición de Pedrarias ocasionó que más de un noble se empeñara en acompañarlo en esta nueva aventura, para lo cual no pensaron dos veces en vender, hipotecar o hacer cualquier transacción con tal de participar en tan prometedora expedición.

Convencidos de que el oro se pescaba en redes en los ríos, los ambiciosos hombres de Pedrarias partieron con él un 12 de abril de 1514.

Para 1518, Pedrarias Dávila se desempeñaba como Gobernador de Castilla de Oro, y pronto los conflictos entre los conquistadores se hicieron sentir, en los que Pedrarias participó activamente, por miedo a perder el poder que había acumulado en razón de su puesto de Gobernador.

Cuando Gil González emprende su empresa de conquista junto a Andrés Niño y reclaman los barcos que fueran de Vasco Núñez de Balboa, Pedrarias se niega a entregarles la embarcaciones, entonces deciden construir sus naves.

En 1523, González y Niño arriban a Panamá; Pedrarias intenta capturar a González, pero este logra escaparse a Santo Domingo, desde donde se prepara para volver. Pedrarias, para contrarrestar a González y a Niño, salió de Panamá con otra expedición rumbo al Golfo de Nicoya.

Niño y González retoman su empresa y llegan por la costa del Pacífico al Golfo de Fonseca en 1522 y para 1524 se instalan en Honduras, desde donde pretendían desplazarse para adueñarse de Nicaragua.

Hemos visto anteriormente que el tráfico de esclavos en la conquista era una práctica común y demasiado rentable; «las estimaciones más aceptadas sobre el número de esclavos indígenas exportados desde Nicaragua, principal punto de salida de indios esclavos en el istmo van de 200.000 hasta 500.000» (Pinto Soria: 59). El tráfico de seres humanos era fundamentalmente dirigido hacia Panamá y el Perú, obviamente en calidad de mano de obra esclava para las minas, el trabajo en haciendas y servicios.

Durante la primera mitad del siglo XVI, los principales conquistadores de Centroamérica, entre ellos, Pedrarias, se apropiaron de las mejores encomiendas, recompensando con indios a sus allegados y familiares: «a la muerte de esos líderes, las encomiendas fueron recuperadas por la Corona o redistribuidas» (Pinto Soria: 120).

«Después de la muerte de Pedrarias Dávila, en 1531, se permitió a los colonos construir barcos y dedicarse a la esclavitud, prácticamente sin límites, de manera que para 1533, se informaba que había entre quince y veinte carabelas dedicadas exclusivamente al comercio

de esclavos nicaragüenses» (Pinto Soria: 100). Con la muerte de Pedrarias, se cierra un ciclo de crueldades y esclavitud para los indios de Nicaragua, pero lamentablemente se abre otro, no menos doloroso para los pobladores autóctonos de ese país.

El nuevo gobernador que asume el poder y control de Nicaragua es el yerno de Pedrarias, el no menos temerario Rodrigo de Contreras (1534-1544). Con el establecimiento de la Audiencia de los Confines, «a Contreras se le quitó la gobernación y también a los indígenas que tenía en encomienda» (Pinto Soria: 163); pese a sus esfuerzos por recuperar sus privilegios, la Corona no lo apoyó.

LA REBELION DE LOS CONTRERAS

La promulgación de las Leyes Nuevas, trajo consigo cambios significativos en las colonias, estos reacomodos institucionales ocasionaron serios trastornos a quienes venían ostentando el poder y los privilegios en Nicaragua; este es el caso de Rodrigo Contreras y su familia. Mientras este se encontraba en la Corte Española tratando de recuperar sus posesiones, en la colonia quedó su hijo Hernando de Contreras, quien «en franca rebelión asesinó, el 26 de febrero de 1550 al obispo de León fray Antonio de Valdivieso, quien para los sublevados se había convertido en un símbolo no solamente de la causa de los indígenas, sino también de la expansión del poder metropolitano» (Pinto Soria: 163).

Todos los esfuerzos de los Contreras por preservar el poder fracasaron y ambos hijos de Rodrigo de Contreras, Hernando y Pedro perecieron en sus intentos de sublevación. Hay que decir que estos eran los nietos de Pedrarias Dávila.

EL REALEJO

Para el presente estudio es de gran importancia ubicar históricamente el puerto de El Realejo. Después de una detenida pesquisa en las páginas de la historia



Mujer en ventana. 1934. Xilografía. Francisco Zúñiga. Costa Rica.

de Nicaragua, encontramos que El Realejo es hoy lo que se conoce como Puerto Corinto. Ubicado en la costa del Pacífico de Nicaragua, su importancia radica en que durante la conquista sirvió como salida de brea y alquitrán, productos que se vendían a Panamá y Perú; la brea se utilizaba para la construcción de barcos en los astilleros y para la fabricación de toneles de vino, al mismo tiempo que entraban por este puerto vino y aceite para los colonos.

Pero la mayor importancia de El Realejo era, servir de punto de embarque para el tráfico de esclavos hacia los países supra mencionados. Cabe destacar que el flujo de

barcos en este puerto era bastante regular y de esta manera se convirtió en un punto importante para el intercambio comercial: «En la costa del Pacífico de Nicaragua, la necesidad de trasladar gran cantidad de esclavos indígenas a Panamá y Perú fue el impulso que estimuló la construcción de barcos, actividad centrada en el puerto de El Realejo» (Pinto Soria: 132).

Nicaragua ofrecía excelentes condiciones para el desarrollo de astilleros, tenía maderas preciosas, algodón, maguey y cabuya. «La brea de pino no sólo se usó para calafatear los barcos desde la década de 1540 hasta principios del siglo XVII, fue el producto más importante embarcado desde El Realejo hacia el Perú, donde se usaba en la fabricación de toneles de vino» (Pinto Soria: 132).

Podemos inferir de estos datos que El Realejo era el principal punto de salida de mercancías de Nicaragua, de donde salían también cacao, palo de brasil, tamarindo y achiote.

El Realejo, además de su importancia económica, era un punto desde donde se difundían las ideas, pues aquí llegaban libros y personas que se encargaban de promover las ideas más avanzadas de Europa; ejemplo fueron las ideas de las órdenes religiosas que fomentaban la creación de centros de enseñanza.

LAS CONQUISTADORAS

Al conquistador Pedrarias Dávila, lo acompañaba su mujer Doña Isabel de Bobadilla y Peñaloza, quien era de familia noble y fiel servidora de los Reyes Católicos, «así que la dicha Doña Isabel de Bobadilla, determinado Pedrarias de ir aquel viaje sin ella, ella como matrona varonil, no quiso por manera alguna quedar, sino seguir por mar y por tierra a su marido» (Las Casas: 32).

Posteriormente Pedrarias hace su arribo a Darién, donde se encuentra con Vasco Núñez de Balboa, «Pedrarias, como hombre no descuidado, entendido en las guerras, ordenó a su gente no del todo confiado que Vasco

Núñez con buen ánimo le recibiese, ni los que con él eran; llegados adonde Pedrarias venía con su mujer Doña Isabel de Bobadilla de la mano, Vasco Núñez y su compañía les hicieron gran reverencia, y Vasco Núñez, con buenas palabras, se ofreció en nombre suyo y de todos, como gobernador del rey, a obedecelle siempre y serville» (Las Casas: 35). Tal bienvenida, como sabemos, fue de corta duración, pronto afloraron los conflictos entre ambos, que terminaron con la decapitación del descubridor de los mares del sur.

En su afán de saquear todo el oro y las perlas posibles, de las tierras de los mares del sur, Pedrarias «envió a un Gaspar de Morales, con 60 hombres, que fuese a la mar del Sur y pase a las islas que los indios llamaban de Terareguí, la última aguda, que después de las Perlas se llamaron (en especial una que llamaban la Isla Rica), y trabajase de haber cuantas pudiese, porque en Castilla las buenas son muy preciadas y oro es lo que oro vale» (Las Casas: 48).

Buscando las perlas que le fueron encomendadas por Pedrarias, la expedición llegó a encontrarse con un cacicazgo, en donde estas se encontraban en cantidades y tamaño que aumentaron la codicia de los conquistadores; «Metiólos en su casa la cual dijeron que era maravillosamente hecha y muy más que otras de caciques señaladas; hizo sacar una cesta de vergas muy lindas hecha, llena de perlas que pesaron 110 marcos, todas muy ricas, y entre ellas una que pocas parece haberse hallado en el mundo tan grandes ni tales; era como una nuez pequeña (otros dijeron que como una pera cermeña), la cual llevó a España la mujer de Pedrarias y la presentó a la Emperatriz, e dijeron que le mandó a dar 4.000 ducados por ella. Diéronle cuentas y espejos y cascabeles y otras cosillas de las nuestras, de las que el cacique fué muy alegre» (Las Casas: 50).

La participación de Doña Isabel de Bobadilla y Peñaloza, como podemos observar, no fue nada pasiva en la empresa de conquista de su marido. «En este tiempo envió Pedrarias a su mujer a Castilla; con harta parte debía

ir del oro robado y de la perla grande, la cuál hizo poner en almoneda y sacóla Pedrarias en 1.200 castellanos» (Las Casas: 55).

Doña Isabel de Bobadilla es fiel reflejo de su marido, que era uno de los máximos representantes de la conquista para los pueblos de América. Ella parece ser una mujer excepcional para este momento histórico, no eran muchas las féminas que se arriesgaban a participar directamente de la conquista, por esta razón y tomando en cuenta la información recabada de Las Casas, ella era una conquistadora, que en realidad poco tenía que envidiarle a sus homólogos, los hombres.

ANALISIS DE LA OBRA

La primera observación que debe hacerse es que en esta novela coincide una gran variedad de discursos, lo que significa que la misma puede ser analizada desde el discurso etnográfico, por ejemplo. Los reiterados y bellos escritos que tienen que ver con la cultura autóctona, los que se refieren al papel que se extraía del cuero de venado; que muchas veces le sirvió a Doña Isabel, para escribir su historia, o la alusión al ritual del cacao y el origen del mismo.

Las referencias a la flora, la fauna, la cerámica, las construcciones de las casas, es decir, todo lo que tiene que ver con los seres humanos y su cultura.

Otro de los discursos interesantes de analizar sería el de la muerte y el genocidio de los indígenas. En esta novela encontramos un gran caudal para la investigación y el análisis de diversos discursos.

Para quien escribe, el análisis de los personajes femeninos es de gran importancia, centrandó la atención en Doña Isabel de Bobadilla, María la hija de Isabel, María Fernanda, y las indias en general.

DOÑA ISABEL DE BOBADILLA Y PEÑA- LOZA, COMO PERSONAJE LITERARIO

Como hemos planteado, Doña Isabel de Bobadilla, esposa de Pedrarias Dávila, era una mujer que pasaba de los 50 años. Quien mejor describe este personaje, que es histórico y ficcional, es la narradora, María Fernanda.

Doña Isabel, según los relatos del padre Las Casas, es una de las primeras mujeres que se vienen a América, siguiendo a su marido:

«sintiéndome aguerrida como antes cuando fui capaz hace años de desafiar a todas las mujeres de la Corte de Segovia, acompañando a mi marido como primera mujer de la conquista que vino al lado de su hombre a sortear toda clase de peligros, privaciones, dificultades, envidias y sinsabores» (Pasos: 52).

«—Sí señor obispo, y yo fui la primera dama castellana de abolengo que acompañó a su marido en esa gigantesca y nobilísima empresa de la conquista. Yo llegué con él al Darién para dar el ejemplo» (Pasos: 80).

Estas dos afirmaciones que se hacen en la narración de la novela, son la reafirmación del relato que nos ofrece Las Casas, en **Historia de las Indias**. También indican que la señora Bobadilla tenía carácter fuerte y decidido y que no se detenía hasta lograr sus objetivos, como lo demuestra en todo el transcurso de la novela.

Isabel de Bobadilla llegó a Nicaragua a reclamar lo que consideraba suyo por derecho, la herencia de su marido; «ha regresado a establecerse y a reclamar lo suyo. Me parece que es usted un poco más tajante ahora que como era antaño al lado de Don Pedrarias» (Pasos: 17). Seguridad, firmeza y convicción parecen ser las características de esta mujer, que tenía definida su empresa.

Ella califica bien la obra y el paso de su esposo por estas tierras, cuando afirma: «mi marido gobernó con el metal de la espada de la muerte necesaria, yo lo haré con

el fruto del sudor de la vida; él cortó cabezas a campo raso, yo haré perder la cabeza de los hombres entre las cuatro paredes de los barracones que albergarán los vientres de las indias de Teotega ¡Y tendremos muchos vientres disponibles! ¿no es así María Fernanda?» (Pasos: 21-22). Desde el inicio de la novela, Isabel de Bobadilla le aclara a los(as) lectores(as), ¿cuál es su misión en estas tierras de lujuria, como las llamaba su fiel servidora María Fernanda.

Para emprender su lucrativa empresa, Isabel de Bobadilla cuenta con el silencio del obispo, a quien no le es difícil comprar; este le recuerda que no debe de olvidarse de dar sus contribuciones a la iglesia, «para su tranquilidad de conciencia y para el bien de la iglesia» (Pasos: 21).

Prácticamente con la anuencia de la iglesia, inicia Isabel de Bobadilla su trabajo para instalarse en la región y abrir el burdel. La única recomendación que recibe del obispo, es que debe de tratar bien a los indios de sus encomiendas. «El sabe que por una lógica muy elemental que cuidaré a mis indios: por oro. Le daré su parte a la iglesia, tal como me lo pide. Mi única conciencia será el oro. Será una conciencia bella como el oro. El oro pautará mi conducta» (Pasos: 21).

«—Toda mirada debemos de convertirla en oro, María Fernanda; nunca olvides que el oro de estas tierras, ya no está en las minas sino en los bolsillos de los hombres y en los vientres de estas indias» (Pasos: 109).

Con las citas anteriores podemos identificar que el paradigma y razón de ser de Isabel de Bobadilla era el oro, sin importar lo que tuviese que hacer para lograrlo. Es un personaje sumamente fuerte y poderoso, y como portadora de la ideología de la conquista representa de manera muy clara el discurso patriarcal, en donde las mujeres tienen pocas o ninguna opciones. Recluidas en el ámbito doméstico, están vinculadas con la reproducción de los mestizos «normales o los mestizos al revés», como llama Isabel a los hijos de María Fernanda y el indio Diego.

Destinadas a participar del burdel de una u otra manera, los personajes femeninos no tienen ninguna posibilidad de controlar su sexualidad.

Las indias son usadas, las españolas también, pero sobre todo deben tener sexo «productivo», tal el cinismo de Isabel cuando habla con María Fernanda diciéndole:

«¡Tú no debes seguir abriendo las piernas de rancho en rancho sin provecho alguno!» (Pasos: 40). Sí a María Fernanda, que ella la consideraba una Pedrarias, la obligaba a prostituirse, ¿qué podía esperarle a las indias, a quienes ella reducía a la categoría de mercancía?

Isabel de Bobadilla y Peñaloza es presentada en la novela como una mujer solitaria afectivamente y reprimida sexualmente, vive solo de los recuerdos de sus viejos amores con su marido y sus encuentros clandestinos con Pizarro; aunque tenía muy cerca a Don Hernán Nieto, que la pretendía, este no era el ideal de amante que ella tenía, tampoco lo era el calafate idiota que la enfermó de sífilis, pero a través de este logró de nuevo estar con su Pedrarias. Para esta lectora, el hecho de tener relaciones con el calafate enfermo demuestra, de alguna manera, su deseo de morir: «soy yo ahora quien lo muerde y estruja y saltó encima de él con desesperación como si buscara mi propia destrucción» (Pasos: 489). Como quien se siente acabada, cansada, con certeza de que su ciclo está acabando, así se entrega a esta lujuriosa relación sexual, única en toda la novela. Pero también con la convicción de quien tiene cerca su fin y el encuentro con su marido. «—No sabía que aún yo era capaz de recordar y de amar de esa manera a mi Pedrarias. No sabía como lo sé ahora, que yo había amado siempre lo sórdido y el ultraje» (Pasos: 487).

Mujer de doble moral como tantos otros, mientras rinde homenaje a la Virgen, no tiene compasión con las indias que le habían encomendado. Actuando siempre al margen de las Leyes de Indias y las ordenanzas; que en documentos muy bien argumentados rechazaban la esclavitud de los indios, pero que en la práctica no se aplicaban, inicia sus labores en el burdel.

Su figura es el reflejo de la obra de su marido, ella es sin duda alguna el proyecto de la conquista encarnado en una mujer. Con esta afirmación viene una pregunta importante de aclarar. ¿Existió realmente una mujer con semejantes características?

En un primer momento me incliné a pensar que para el momento histórico en que se le ubica, una mujer con semejantes atributos era realmente difícil de encontrar; pero en un segundo momento, reflexionando un poco más y conociendo, el texto del padre Las Casas, y por el relato mismo de la novela, creo que sí es factible que Doña Isabel de Bobadilla y Peñaloza fuera un personaje histórico de «pesadilla». Tengo la leve sospecha de que lo que hizo Ricardo Pasos, con este personaje histórico, fue hiperbolizar y ampliar el nivel de ficción.

Si esta fue la primera mujer española que se atrevió desafiar a las cortes, al clero y hasta a su marido, el cruel Pedrarias, pidiéndole en su carta venir tras él, obviamente tenemos a una mujer que se sale de todos los moldes y estereotipos, por eso es que para Las Casas, ella es una matrona varonil. Cuando a ella se le ocurrió venir a América, detrás de su marido, el resto de las mujeres españolas se quedaban en casa, tejiendo y esperando incansablemente como Pénélope. Isabel de Bobadilla y Peñaloza es una mujer de avanzada y excepcional, es diferente de todas las otras mujeres, es la conquistadora alcahueta.

MARIA FERNANDA

Ella es la narradora, es en su pensamiento donde descansa la narración de la novela. De María Fernanda, se dice que llegó de 16 años, acompañada de su madre, quien pronto muere víctima de las fiebres. María Fernanda «había llegado a aquellas tierras lujuriantes del Darién» (Pasos: 11) en 1514. Pero a Nicaragua llegó hasta 1528 con Don Pedrarias, quien le enseñó a escribir, además de acariciarla con lascivia; ella acompañó hasta la muerte al cruel gobernador.

María Fernanda, es llamada la Españolita Pinol y es la mano derecha de Doña Isabel, de quien aprende todo el arte del burdel; ella tiene completa claridad de la empresa que pretende instalar Doña Isabel, «yo seré su guía y consejera por esas tierras del Realejo, aún desconocidas para usted» (Pasos: 20).

A través de lo que ve, vive y siente María Fernanda, es que tenemos acceso a lo que pasa en la novela, ella es de alguna manera el filtro entre el autor y los personajes.

María Fernanda convive con las indias, y en algunos momentos podríamos decir que se identifica con ellas y sus costumbres, por ejemplo, con la de bañarse desnudas en los ríos, sin el menor problema, cosa que para las españolas no era normal.

El hecho de ser la persona más cercana a Doña Isabel y en quien ella más confiaba, no la deja para nada fuera del negocio del oro.

«—¡Sigues siendo la misma María Fernanda del Darién y Panamá, nada más que ahora más bella y peligrosa que antes! Recuerdo cuando te decíamos la Españolita Pinol; sólo que ya no eres más la jovencita de ayer. Eres una hermosa y tentadora mujer que debe cuidarse y reservarse mejor. Es muy importante para nuestra labor, el que sepas reservarte, sobre todo tú, María Fernanda, que serás mi brazo derecho en todo. ¡Eres como una de ellas, vaya! ¡Si no te viera tan blanca y pecosilla como eres y no te supiera castellana, juraría que eres una indiana!» (Pasos: 27).

La crítica de la matrona hacia María Fernanda, lleva implícita la necesidad de cuidar bien la mercancía que ofrecerá en el burdel, y qué mejor ejemplo que la misma muchacha a quien ve casi como a una hija. Pese a tener contacto con las indias, en el fondo María Fernanda, también desprecia a los indios, pero es precisamente de un indio de quien se enamora y de quien tiene «mestizos al revés».

En todo momento Doña Isabel le recuerda a María Fernanda, que están frente a un negocio. «En este trabajo una cosa es el fuego en las entrañas y otra la frialdad en la cabeza. Tú y yo estamos aquí, María Fernanda, para hilar muy fino sobre estos asuntos, pero a nuestra conveniencia» (Pasos: 78).

María Fernanda estaba completamente convencida de que ella haría su fortunita con su trabajo en el burdel y pensaba regresarse a España. Sus labores consistían en



Chola. 1934. Xilografía. Francisco Zúñiga. Costa Rica.

buscar a las mejores indias e instruir las en el quehacer de las caderas.

Doña Isabel confía a María Fernanda su diario en el que cuenta todas sus vivencias a su paso por El Realejo, es a quien le hereda sus recuerdos y experiencias.

DOÑA MARIA DE PEÑALOZA

Ella es otro de los personajes que pertenecen al mundo de la realidad y la ficción. María de Peñaloza es una de las hijas de Pedrarias Dávila y Doña Isabel de Bobadilla y Peñaloza. Comprometida en primera instancia con el descubridor de los mares del sur, Vasco Núñez de Balboa, no llega a casarse con este porque su padre lo mandó a ejecutar por temor a perder su poder en los territorios de la gobernación del Darién y Nicaragua, «maldiciendo su suerte de doncella burlada por la ira de su padre que, según ella, no quería sombras a su lado en sus arbitrarios ímpetus de conquista» (Pasos: 11).

Doña María de Peñaloza desata su ira contra su madre, a quien acusa de haber intrigado para que Pedrarias mandara matar a Balboa. Una relación extremadamente conflictiva se establece entre ambas a través de toda la novela: la hija que no perdona y odia abiertamente a su madre, y esta que ansía la comprensión y el amor de su hija y sus nietos, pero que conoce la crueldad de su hija.

«—¡Ah, mi hija, Doña María de Peñaloza! Ya la conocerán ustedes; no es una mujer fácil. Recuerdo que el mismo día que se casó con Don Rodrigo, un tercer domingo de enero de 1524, allá en Segovia, me quedó viendo fijamente, con mucha dureza me dijo: “Madre, a mi Rodrigo nadie podrá cortar la cabeza mientras yo viva. Jamás estaré lejos de él”» (Pasos: 329).

Casada con Rodrigo de Contreras, sigue el ejemplo de su madre y se traslada con él a vivir a la gobernación de Nicaragua, donde es enviado a sustituir a su suegro muerto, se quedará aquí de 1534 hasta 1544.

Conocedora del carácter de su hija, recuerda Doña Isabel: «siempre has sido así María de Peñaloza; y no dejas nada nunca al azar, todo lo calculas y lo mides, como una actriz en el escenario frente a su público» (Pasos: 363). «¡Ah, María, María, siempre haciendo alardes de grandeza. Es increíble!» (Pasos: 365). María Peñaloza y su marido han llegado a El Realejo para quedarse, y para ello están decididos a sacar a Doña Isabel y mandarla de regreso a España, pero para lograrlo lo primero que deben hacer es conocer el manejo de todos los bienes que ella posee y conocer su experiencia para montar otro burdel en Granada, que era otra de sus ideas.

En medio de todos sus conflictos, Doña Isabel intenta explicarle a su hija que ella no tuvo participación alguna en los hechos de Balboa, pero esta se niega a creerle. Madre e hija no logran ponerse de acuerdo en la novela; a su muerte Doña Isabel es asistida por su otra hija monja y nunca por María. Pero esta sí se convierte en la heredera del burdel de las Pedrarias.

LAS INDIAS Y EL ESPACIO FEMENINO DE LO INFRAHUMANO

El tratamiento que los(as) conquistadores(as) dan a las mujeres indias en la novela, es el mismo que durante la conquista y colonización dieron estos a nuestras mujeres; nada tan cerca de la realidad como la desgarradora narración que de tales hechos hace Ricardo Pasos en el burdel.

Revisando una y otra vez las páginas de nuestra historia, buscaba inconscientemente encontrar algo que me devolviera un poco de paz, algo que me dijera que se ha exagerado en el trato que los españoles les dieron a nuestros aborígenes, pero aunque muchas veces he revisado este período de nuestra historia y hasta lo he enseñado, la lectura de la novela de Ricardo Pasos, me lleva a la conclusión dolorosa de que no se ha exagerado. Particular interés reviste para quien escribe, analizar el tratamiento que se le daba a las indias.

Lo primero que tenemos que decir es que ellas están insertas en un espacio que he llamado de lo infrahumano, pues nadie que entienda en su justa dimensión el concepto de humanidad puede ubicar su participación en el burdel como un espacio humano; más bien es el espacio del infierno de este mundo, para revertir el concepto de Alejo Carpentier, sobre el reino de este mundo.

Las indias son la mercancía con que trata Isabel de Bobadilla y Peñaloza, ellas son sus vientres, de los cuales saldrá el oro y los mestizos que poblarán estas tierras de América.

La descripción de sus cuerpos color del cacao, su bellos muslos y su juventud son características necesarias para el ejercicio de la prostitución en el burdel: «son más altas y espigadas, con mejores piernas y caderas. Estas sin embargo poseen mejores pechos y hombros, como usted puede verlas. Todas están muy orgullosas de su raza y su hermosura. Se saben admiradas por nosotros los castellanos, pero nos temen y desprecian en silencio; creo que hasta nos odian» (Pasos: 26).

En la escogencia de las indias que trabajarían en el burdel, María Fernanda participaba directamente, como quien escoge el mejor ganado de un rebaño, para apiarlo y obtener mayores ganancias, así eran escogidas las indias. Otras que tenían menos suerte eran cazadas como animales, o intercambiadas por sus caciques por caballos.

Reducidas a la categoría de mercancía, que de alguna manera se había difundido en una de las instituciones de mayor explotación indígena, la encomienda, poco podían hacer estas mujeres para defenderse.

María Fernanda que tanto había compartido con ellas, le dice a Isabel de Bobadilla: «son fuertes y aguadoras como ustedes las mujeres segovianas, pero muy sensibles al dolor inútil y a la crueldad. Nuestros compatriotas, los encomenderos, han fracasado con ellas porque no han sabido apreciarlas y las han querido igualar a los indios cargueros, los tamenes como dicen ellos mismos, y no son eso. ¡Obsérvelas usted misma!» (Pasos: 26).

En la tarea de reclutar indias para su burdel, la Bobadilla negocia con las autoridades españolas y las convence de que ella solo piensa en bien de las indias, «yo hasta he pensado en darles una pequeña retribución a mis indias por ciertos trabajos que requieran habilidades especiales; iré más lejos que la Iglesia» (Pasos: 33). Para abrir el burdel, se requería de cierto capital humano que buscaba y seleccionaba con cuidado la alcahueta. «¡Tanta india guapa que hay por aquí esta noche! Pero debo vencer la tentación de llevármelas de esta ciudad. ¡Quién aguanta al gobernador acusándome de coger lo que no me pertenece! Bastará para comenzar con la mejicana, la mulata cubana, y la otra india que me venderá Don Martín de Talavera, en Teotega obtendré las que quiera porque me pertenecen en encomienda, y veremos de qué más puede proveernos el Cacique Agateyte, El Viejo» (Pasos: 75-76). Como parte del tráfico de esclavos que se daba desde El Realejo hacia el Perú, «algunas indias eran robadas y llevadas clandestinamente como esclavas sin sus papeles en regla» (Pasos: 78).

La india Marina es uno de los personajes femeninos que tiene mayor importancia para el burdel, después de que su antiguo dueño, Don Martín de Talavera la vendiera, la india Marina, como la llamaban, formó parte del grupo más cercano a Doña Isabel. María Fernanda que se encargaba de instruir a sus compañeras, la caracteriza de la siguiente manera: «es increíble cómo esa india aprendió a hablar nuestro idioma en menos de dos años, porque no la noto muy inteligente ni tampoco muy viva, pero sí es muy graciosa y muy atractiva, y eso es lo que importa en ella; además mientras menos piense mejor, en esta vida unos nacieron para pensar y otros para obedecer siempre. No se ríen, así es» (Pasos: 78).

Pensar es privilegio de los conquistadores, y obedecer el destino irremediable de los indios; María Fernanda es aquí la portadora de la ideología etnocentrista de los conquistadores, que no consideraban a los indios seres humanos. Recordemos aquí toda la polémica entre Las Casas y Sepúlveda, en torno a la humanidad y el alma de los indios.

He dicho anteriormente que doña Isabel de Bobadilla es el reflejo y prolongación de la obra de su marido por estas tierras. Cuando ella recuerda con mucho amor a su Pedrarias, y lo critica por su falta de visión al traficar con tanto esclavo, da una visión muy clara de lo que será su empresa, «ahora daré honor y gloria a España con los vientres de las indias y sus fáciles costumbres que les permiten ser tan libres, antes de casarse debido a sus inclinaciones naturales de ofrecer sus caricias por unos pocos granos de cacao» (Pasos: 113).

La existencia de las indias guatepolas, que tenían sexo a cambio de cacao y cuando hacían su fortunita se casaban, parece serle muy útil a la Bobadilla en sus intenciones. Una cosa era que ellas decidieran tener sexo por cacao o por lo que fuera con sus hombres, y otra muy diferente que las recluyeran en el burdel, para que la alcahueta acumulara oro. El obtener la dote para casarse y darla a su marido, era parte de las costumbres de las indias y no era visto con la connotación occidental de prostitución.

Esta situación de vejaciones y sufrimientos constantes de las indias provocó la resistencia de ellas, pese al terror que se desataba si alguna de las indias que eran cazadas o compradas intentaba escapar, ya que las valientes mujeres preferían la muerte, antes que seguir siendo esclavas prostituidas del burdel, «cuando de repente una de ellas salta como liebre a un lado del senderito y corre escabulléndose entre los arbustos laterales cuando con la rapidez de un tiro de ballesta los tres perros pintos que soltó el negro Hernando, le dan alcance y la aprietan entre sus fauces desgarrándola, y entre sus patas la revuelcan y la jironean con los colmillos en medio de alaridos de agonía y de muerte» (Pasos: 197).

Otra forma de salir de este infierno de esclavitud, era ahorcarse en serie, era común la práctica del suicidio colectivo entre las mujeres que huían de las constantes violaciones y ultrajes que recibían en el burdel.

Las enfermedades venéreas y las insalubres condiciones en que funcionaba el burdel, traían como consecuencia el descenso de la población y obligaba a Isabel de Bobadilla a estar renovando a las indias, que se le morían por enfermedades o porque los marineros que frecuentaban «El Barracón del Santo Cachondeo» las asesinaban.

En el discurso literario de **El burdel de las Pedrarias**, encontramos un universo de personajes femeninos, que he intentado agrupar en dos imágenes de mujeres contrapuestas: de un lado tenemos a las conquistadoras, representadas por las nobles, entre ellas Isabel de Bobadilla y Peñaloza y su hija María, en este mismo grupo encontramos a María Fernanda y a Teresa que no son nobles, pero que comparten el proyecto de las conquistadoras.

Al otro grupo pertenecen las indias, que se insertan en el espacio de lo infrahumano, estas lo único que comparten es la esclavitud y la destrucción de su cultura.

Las conquistadoras y las indias tienen en común un espacio, el burdel, donde de una u otra manera mezclan *sus antagonismos y comparten los horrores de la conquista*.

La novela **El burdel de las Pedrarias** revela el discurso patriarcal, ubicando a las mujeres en los espacios que les han sido asignados socialmente. Es decir, en el ámbito de lo doméstico, vinculadas a la naturaleza, dedicadas a satisfacer los deseos sexuales de los hombres, en su función reproductora, procreando los hijos de la nueva nación. Pese a que encontramos diversidad en los personajes femeninos, podemos observar que en esta diversidad subyace la homogeneidad del estereotipo, es decir, los personajes femeninos son mujeres buenas o malas, honradas o prostitutas, sensibles, o frías, etc.

La única mujer que rompe el molde es Isabel de Bobadilla y Peñaloza, pero aun en su caso, para que su personaje tenga peso, el autor la carga de atributos masculinos, es decir, resulta masculinizada. El esfuerzo por

rescatar las figuras femeninas de la historia, que brinda el autor, es muy valioso y quizás lo más valioso es que un hombre escriba una novela tratando de sentir y pensar como las mujeres:

«El libro nace de una inquietud fundamental: la ausencia de personajes femeninos en la historia, que parece haber sido contada por hombres y para hombres» (Pasos: documento presentado en Costa Rica, fuente incompleta).

Para esta lectora, es esta una novela apasionante, que lleva en sus entrañas el fuego de los volcanes de Nicaragua, es desgarradora, tremendamente erótica y ha dejado en quien escribe la sensación de un grito y llanto ahogado de impotencia y dolor por Nuestra América.

GLOSARIO

Adelantado.	Gobernador y político de una provincia fronteriza.
Alpargata.	Sandalia que usan los españoles, hecha de mecate.
Cacicazgo.	Jurisdicción política territorial menos compleja, en cuanto a su estructura socioeconómica, que el pequeño Estado.
Cacique.	Título de origen antillano que los españoles dieron en Centroamérica a los jefes indios.
Castilla de Oro.	Jurisdicción colonial que comprendió históricamente desde el territorio de la península Paría en la Venezuela actual, hasta el golfo de Darién y hacia la costa del Caribe de lo que hoy en día es Panamá.
Doctrinero.	Un regular que tenía a su cargo una doctrina de indígenas.
Encomienda.	Institución de explotación económica de la conquista, mediante la cual se le asignaban a una persona un grupo de indios para que le sirvieran en todos los oficios y trabajos. El encomendero tenía que vigilar por la evangelización de los indios.
Guatepola.	Prostituta en el idioma aborigen de Nicaragua.
Mestizaje.	Proceso de mezcla racial.
Mestizo.	Persona de ascendencia indígena-española.
Mocuma.	Agua en idioma aborigen de Nicaragua.
Tameme.	Cargador indígena.
Tapaliches.	Expertas, en idioma aborigen de Nicaragua.
Tzubbabaca.	Alcahueta, celestina, en idioma aborigen de Nicaragua.